

Arnau Fernández
Pasalodos

Hasta su total exterminio

La guerra antipartisana
en España, 1936-1952



Galaxia Gutenberg

ARNAU FERNÁNDEZ PASALODOS

Hasta su total exterminio

La guerra antipartisana
en España, 1936-1952

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Arnau Fernández Pasalodos, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 85-2024
ISBN: 978-84-19738-81-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Santiago Pasalodos Sesé

Índice

Introducción. El ejemplo de Manuel Sesé Mur	11
1. La contrainsurgencia de los regímenes fascistas	21
España en el marco de la guerra antipartisana europea	22
1936-1939: los huidos y el inicio de la resistencia armada	38
El origen de una guerra de exterminio	49
2. Una guerra contra la población civil y la naturaleza.	65
Represalias masivas y violencia sexual	66
Deportaciones y campos de concentración	84
Otro enemigo: el medio rural.	91
Escudos humanos, cadáveres expuestos y evacuaciones.	111
3. El entramado de la contrainsurgencia franquista	127
La ley de fugas: el exterminio por encima de la imagen internacional.	128
Guardias civiles con alpargatas	145
Guerrilleros con tricornos y corrajes.	159
Delaciones, desertiones y labores de información	171
4. «¿Y qué hace la Guardia Civil?»	187
Radicalización y tensiones internas	191
Jerarquías y disciplina	212
Recompensas y corruptelas	241
5. Bailar con la más fea: la experiencia de los guardias civiles y sus familiares	257
Miserias y fatigas	258

Fracasos y miedos	271
Pactos de no agresión	292
De esposas a viudas	323
Epílogo. Manuel Sesé y yo	343
Agradecimientos	361
Bibliografía	367
Notas	389

INTRODUCCIÓN

El ejemplo de Manuel Sesé Mur

*Haremos el camino en un mismo trazado,
uniendo nuestros hombros para así levantar
a aquellos que cayeron gritando libertad.*

JOSÉ ANTONIO LABORDETA,
Canto a la libertad

La guerra civil española estuvo compuesta de miles de experiencias como la de Manuel Sesé Mur. Manuel nació en 1912 en el seno de una familia de humildes campesinos que vivían en Peraltila, un pueblo del Somontano oscense. No conoció la miseria extrema, como la mayor parte de los paisanos de los pueblos que rodeaban Barbastro. Aquellas familias campesinas tuvieron la suerte de disponer de corrales y huertos en los que cultivar legumbres, verduras, tubérculos y cereales, además de terrenos para pastos y encinas de las que extraían el carbón.

A pesar del afecto que sentía hacia la tierra que le había visto nacer, Manuel decidió emigrar a Barcelona a finales de los años veinte. Quiso encontrar un trabajo que le reportase un mayor bienestar, tanto a él como a su familia, y al poco tiempo empezó a trabajar en una pequeña floristería de la Rambla. En Barcelona tuvo la fortuna de conocer a una hermosa *xiqueta* valenciana, María Miralles Segarra, que se convirtió en el amor de su vida y con la que formó una extensa familia compuesta por ambos y sus cinco hijos. Barcelona no solo marcaría su futuro sentimental y familiar, sino también ideológico, ya que allí pudo empaparse de los ideales del movimiento libertario y del sindicalismo de la Confederación

Nacional del Trabajo (CNT). También en Barcelona vivió la proclamación de la Segunda República en abril de 1931, que abrió una etapa en la que muchos creyeron que España podría modernizarse a través de las reformas políticas y sociales anheladas.

Por entonces, un familiar de su mujer tenía en propiedad una fábrica de cristalería fina en Barcelona, y ofreció a Manuel ser socio de la empresa. Sin embargo, la propuesta no acabó de materializarse, ya que fue reclamado por su familia para que volviese a Peraltilla y ayudase en las tareas agrícolas. Manuel no dudó en regresar a casa a finales de 1931, y al Somontano oscense no solamente llegó una joven pareja llena de ilusiones –y a la par de incertezas–, sino también el anarquismo. Desde el primer momento, Manuel se esforzó para que sus vecinos conociesen los ideales libertarios, y junto con otros vecinos organizó el sindicato local de la CNT. Allí vivió con amargura la victoria de las derechas en 1933, hasta que la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 le devolvió cierta esperanza. La candidatura de izquierdas ganó en Peraltilla, como en el resto de la provincia de Huesca, pero lo hizo con un escaso margen. Un total de 250 votos fueron a parar a la urna de las izquierdas y 208 a la urna de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), y la victoria no se tradujo en un aumento de la conflictividad social en aquel espacio rural, sino todo lo contrario.

No obstante, el inicio de la guerra hizo que Manuel participase en ella como miliciano, empuñando las armas en el frente de Huesca. Mientras tanto, en el pueblo se creó un comité revolucionario, que él mismo se encargaría de presidir dada su amplia trayectoria sindical. Las tierras fueron colectivizadas, y la iglesia y el salón de baile se convirtieron en almacenes de grano. Los anarquistas peraltillenses vieron por fin cumplirse sus aspiraciones revolucionarias, y en las localidades del Aragón oriental los vecinos vivieron sin patronos, sin dinero, sin Iglesia y sin impuestos. Pero esa revolución enmarcada en un contexto de guerra civil vino acompañada de violencia, sobre todo tras la llegada de las columnas anarquistas de Valencia y Cataluña. La milicia de los «Aguiluchos» redactó una lista con los paisanos de Peraltilla que debían ser fusilados, a lo que Manuel y el resto de los anarquistas de la localidad se opusieron.

Gracias a la intermediación de los poderes locales, allí ningún vecino cayó víctima de las balas revolucionarias.

El estallido de la guerra y de la revolución provocaron una auténtica tragedia en la diócesis de Barbastro, ya que fue la sede eclesiástica con más clérigos muertos: nada menos que el 87,8% del clero regular fue ejecutado, un total de 120 sacerdotes. Compartieron su destino 18 benedictinos, 51 claretianos y 9 escolapios.¹ Sin embargo, en muchos pueblos altoaragoneses los vecinos de izquierdas ayudaron a escapar de la muerte a los párrocos, tal y como ocurrió en Peraltilla. Manuel se encargó de proveer al cura local, Vicente Benito, de ropa y comida para que huyese y pasase a territorio sublevado. Este se escondió durante once días en una caseta, mientras Andrés Budiós, miembro del comité local, le llevaba comida a diario. Cuando se decidió a emprender el camino, fue reconocido en el trayecto, entregado al Comité de Abiego y posteriormente ejecutado, el 5 de agosto, en una curva de la carretera de Barbastro a Huesca. La guerra siguió hasta que el Frente de Aragón se rompió de forma definitiva en marzo de 1938 y el Alto Aragón fue ocupado por las tropas rebeldes en menos de un mes. La retirada de las unidades militares republicanas fue un completo desastre y la población civil sufrió las consecuencias.

En tierras oscenses comenzó a producirse un fenómeno que en las provincias donde había triunfado la sublevación se venía experimentando desde julio de 1936: el de la huida al monte. Hombres y mujeres, mayoritariamente los primeros, se escaparon a las montañas, con armas o sin ellas, ante el estallido de la violencia y el terror impuestos por los golpistas. El objetivo era sobrevivir escondidos en zonas de difícil acceso bien conocidas por los huidos y esperar a que el terror fuese disminuyendo para poder volver con alguna garantía de que se les respetaría la vida. Manuel se convirtió en uno de ellos: se escondió durante semanas en casetas y barrancos cercanos a Peraltilla. La Guardia Civil lo buscó, y ante la imposibilidad de encontrarlo decidieron castigar a su familia. María fue detenida y encarcelada, como lo habían sido y lo serían miles de mujeres de republicanos entre 1936 y 1952.² Cuando Manuel se enteró de lo que le estaba ocurriendo a su esposa, decidió entregarse voluntariamente.³ Un consejo de guerra lo condenó a veinte años de

prisión y fue enviado a las cárceles de Torrero en Zaragoza y las Capuchinas en Barbastro. En los cinco años que estuvo preso sufrió terribles torturas, hasta que, al no hallársele delitos de sangre, le concedieron la libertad vigilada.

Ya fuera del presidio, pero sumido en la pobreza y en la marginación que su condición de vencido le confería, estuvo ejerciendo de pastor en su pueblo junto a su mujer y sus hijos. Pero su vida daría un giro dramático en 1948. Tras salir de la cárcel, Manuel entró a formar parte del comité de resistencia que se había formado en Barbastro, que entre otras cuestiones se encargó de ayudar a los guerrilleros que se movían por la región o buscaban cruzar la provincia en dirección al sur.⁴ De esta forma, junto a otros compañeros como Miguel Galino Garcés, de Sercué, al que probablemente conocía por la trashumancia, se dedicó a pasar armamento y municiones a través del difícil paso pirenaico de la Brecha de Tucarroya, al norte del Monte Perdido, razón por la cual fueron acusados de «tráfico de armas y municiones y auxilio a los bandoleros».⁵

La actividad clandestina se vio truncada cuando el 10 de enero de 1948, cerca de la localidad de Valdelou, entre Aragón y Cataluña, las autoridades encontraron el cadáver de *Tanque*, miembro de la partida guerrillera «Drole». La desgracia para el comité de resistencia vino a consecuencia de unas notas que la Benemérita encontró en la chaqueta del guerrillero que contenían las identidades de diversos enlaces, lo que provocó una redada policial en Barbastro y en los pueblos de los alrededores.⁶ Toda la información pasó a manos de Ramón Ferrer Herrero, cabo del Servicio de Información de la Guardia Civil, quien organizó, entre el 18 y el 20 de enero, un operativo que se saldaría con una decena de detenciones y la incautación de siete metralletas, 770 cartuchos, tres pistolas, un revólver, 38 cartuchos de dinamita y dos paquetes de fulminantes.⁷

La Benemérita se puso en marcha y el capitán Tomás Matos Fernández se presentó el 19 de enero de 1948 en una torre llamada «El Americano», donde vivían los hermanos Manuel y Antonio Raluy Buera, sospechando que allí podían estar escondidas parte de las armas y los explosivos.⁸ Los dos fueron detenidos, y Manuel confesó que Antonio Rivera, que había combatido en la misma

unidad que él en el Ejército republicano, se acercó a su huerta en octubre de 1947 para decirle que tenía siete metrallas, tres pistolas y diversos explosivos que debían ser convenientemente guardados, y los enterraron allí mismo. Manuel Raluy marchó a Barbastro al cabo de unos días y se encontró con Bonifacio Noguero, que se mostró partidario de repartir las armas entre varios conocidos «afectos a la causa». Él se quedó con cuatro metrallas, dos paquetes de lapiceros explosivos y unos tubos de dinamita. Unos días más tarde, Manuel Raluy volvió a Barbastro, y en esta ocasión se encontró con Manuel Sesé, al que conocían con el mote de *El pastor*. Este accedió a ir a la torre para recoger una metralla, una pistola y algunos cargadores. Se presentó de noche y por la puerta que daba al corral, para que no lo viera la familia Raluy. Por su parte, Bonifacio Noguero confesó haber recibido las armas, y comentó que a su vez las repartió con otros dos amigos, Marcelino Agón Arcada y Eusebio Montes Bescós, quienes aceptaron guardar una metralla y diversas municiones cada uno.

Sin embargo, el operativo no se inició el 19 de enero de 1948 con la detención de los hermanos Raluy y del resto de los hombres, sino que lo hizo un día antes, cuando dos guardias se presentaron en la casa de Manuel Sesé Mur. El sargento comandante del puesto de Barbastro, Agustín Serrano Arroyo, y el guardia Marcelino García Gracia salieron a las 17 horas del 18 de enero hacia Peraltilla con el objetivo de registrar su casa. Se personaron en el domicilio e invitaron a Manuel a ir al ayuntamiento, donde le preguntaron si era cierto que guardaba armas. Él declaró que no, pero los guardias insistieron, y por el lenguaje empleado en el informe no resultaría desacertado decir que debieron coaccionarle o propinarle algunos golpes, ya que terminó confesando que tenía escondida una metralla, una pistola y municiones. Entonces se dirigieron hasta la entrada del inmueble en presencia del alcalde, Julián Cavero Escario. Una vez en la puerta, Manuel le pidió al alcalde que entrase y llamase a su esposa, María Miralles, que en aquel momento se encontraba junto a una vecina en el corral, para que las invitase a salir, ya que allí era donde estaban escondidas las armas y no quería que su mujer se enterase. Los dos guardias civiles y Manuel entraron en el corral, este se agachó y sacó el

armamento de un agujero. Transcurridos unos minutos se dirigieron hacia la calle, y según el sargento:

El referido Manuel emprendió veloz carrera mientras iba esposado, sin obedecer a las cinco o seis voces de alto para que cesara en su huida, y haciendo caso omiso ordenó el sargento que suscribe que se le disparase haciéndole varios disparos para intimidarle tirándose al suelo y levantándose emprendiendo de nuevo precipitada carrera, tirándose hacia el monte, haciéndose nuevos disparos siendo alcanzado por ellos, cayendo al suelo herido a una distancia de quinientos metros de la localidad en el momento de querer introducirse en un monte cubierto de matorrales. Solicitando inmediatamente el auxilio de las autoridades locales, que seguidamente se personaron en el lugar del suceso y con la cooperación de estas y de varios vecinos fue trasladado al ayuntamiento donde le fue practicada la primera cura, acto seguido fue trasladado en un camión a la ciudad de Barbastro, ingresado en el hospital militar para ser puesto en disposición de la autoridad correspondiente.⁹

Resulta una versión completamente inverosímil, ya que no es posible que, en apenas unos segundos desde el inicio de la supuesta huida, Manuel, que además estaba esposado, ya estuviera a quinientos metros de los guardias, y todavía menos que desde esa distancia le acertasen un tiro en la cabeza, sin impactarle en ninguna otra zona.

Manuel no murió en el acto. Sus hijos lo cargaron en un camión y lo trasladaron al hospital militar de Barbastro, pero allí no tenían los materiales necesarios para intervenirle, por lo que fue trasladado al hospital militar de Huesca, donde ingresó a las 3 de la madrugada del 19 de enero con pronóstico «muy grave» a consecuencia de un impacto de bala en el cráneo. Finalmente, el teniente coronel médico Manuel Arias lo dio por muerto a la 1 de la madrugada del 21 de enero, tras una agonía de dos días. Un dato curioso de este caso es que Manuel llegó al hospital indocumentado, y por el tipo de herida que presentaba y al saber que había sido a causa de los disparos de la Guardia Civil, el facultativo escribió de forma errónea que se trataba de un guerrillero.

Los médicos Luis Coarasa Paño y Manuel Artero Bernad llevaron a cabo la autopsia del cadáver en la mañana del 22 de enero. Manuel todavía vestía un traje de pana, y su cadáver presentaba una herida de bala con orificio de entrada en la región frontoparietal derecha y salida por el arco superciliar izquierdo. El impacto le había destrozado todo el lóbulo frontal, por lo que presentaba una pérdida de sustancia de hueso de unos diez centímetros cuadrados en el parietal derecho, mientras que el ojo derecho había estallado, literalmente. A juicio de ambos facultativos, las heridas y la trayectoria seguida por la bala demostraban la imposibilidad de que Manuel hubiese sido alcanzado mientras escapaba: «Posiblemente el disparo fue hecho a corta distancia y desde un plano posterior al lesionado». Es decir, que los guardias civiles Agustín Serrano y Marcelino García lo ejecutaron y ocultaron el asesinato mediante el subterfugio de la ley de fugas. En la documentación oficial no aparece quién realizó el disparo, pero teniendo en cuenta que en los pelotones de fusilamiento el oficial de mayor rango solía ser el encargado del tiro de gracia, resulta muy probable que fuese el sargento Agustín Serrano Arroyo el encargado de matarlo. Finalmente, el cuerpo de Manuel Sesé fue enterrado en el cementerio de Huesca, en el cuadro n.º 16, sepultura 240. Una información que la dictadura jamás ofreció a la viuda, que murió sin saber dónde estaba el cadáver de su marido.

La Benemérita procedió al registro de la casa de Manuel en los días posteriores a su asesinato, y los agentes encontraron una carta escrita por Miguel Galino en agosto de 1947 en la que parecía hacer referencia al paso de armas:

Apreciable Manolo y familia: Recordando mi carta anterior no he tenido contestación, te escribí a mediados del mes de julio por lo que tú sabes; esto ha estado un poco vigilado, pero hoy está tranquilo [y] a ti te aguardamos cuando tú decidas; cuando te venga bien si subes con los amigos, subes por Gallisué que es el camino que sube el ganado, tú ya lo sabes si tenéis carga escribid enseguida que saldremos a buscaros con el burro a Escalona, por donde os digo no hay vigilancia, si llegáis allí y no estamos nosotros seguid el viaje; yo a lo mejor estaré en el puerto, pero será lo mismo, subiréis por el valle de la Chapariza [...]

Muchos recuerdos a María, o sea tu mujer, [y] a tus hijos de toda esta familia, para todos vosotros y de mí recibid un cariñoso saludo de este vuestro amigo que no os olvida.¹⁰

Gracias a esta información, el cabo José Prades Velillas organizó una contrapartida que se dirigió al pueblo de Sercué para tender una trampa a Miguel Galino. La fuerza se presentó en su casa afirmando que eran «guerrilleros de la República» que venían de parte de su amigo Manuel Sesé. Al escuchar su nombre se confió, y pensó que eran partisanos de verdad, por lo que los invitó a pasar y les dijo que estaba dispuesto a ayudarlos en todo lo que pudiera. Tras una larga conversación con él y con su hijo, la contrapartida llegó a la conclusión de que estaba implicado en el tráfico de armas para la guerrilla, señalando la presencia de un paso clandestino de estas desde Francia a España. La unidad decidió no descubrir su identidad, y antes de marcharse invitaron a Galino y a su hijo a que continuasen ayudándolos en el futuro.

Al final los detuvieron, y Miguel Galino reconocería que había recibido una carta de Manuel en agosto de 1946 con la propuesta de participar en un paso de armas desde Francia. Miguel se presentó en el lugar convenido y Manuel Sesé llegó junto a dos hombres desconocidos, pero que posiblemente eran de Radiquero. Después, los cuatro marcharon juntos hacia la frontera. Cuando llegaron a la Brecha de Tucarroya, sobre la misma línea fronteriza, se encontraron con dos individuos que les hicieron entrega de tres cajas con municiones de metralleta. Comieron juntos y los dos desconocidos tomaron el camino a Francia, mientras que Manuel, Miguel y los otros dos compañeros emprendieron el viaje de vuelta, haciendo noche en una cueva en el puerto de Góriz.

Los agentes le preguntaron por el destino de las armas, y Miguel Galino dijo que de eso se encargaba Manuel, que él servía de guía y de colaborador para llevar las cajas, además de mantenerse al tanto del despliegue de las fuerzas policiales en la zona, pero nada más. Tras aquel viaje del verano de 1946 realizaron otro igual en octubre, y los franceses les entregaron once metralletas completamente nuevas. Además, Galino afirmó que, a pesar de que Manuel Sesé había formado parte de la CNT, debió de

comenzar a colaborar con los órganos de resistencia del Partido Comunista de España (PCE) al salir de la cárcel, y que lo invitó a unirse. Finalmente, en su declaración confesó que su hijo, Miguel Galino Buisan, había ayudado a cuatro guerrilleros para que cruzasen a Francia en el verano de 1947.¹¹

Cuando el caso pasó a un tribunal militar, ante el juez que los citó a declarar, padre e hijo terminaron cambiando de versión. Alegaron que habían sido coaccionados por los agentes durante el interrogatorio, y Miguel Galino declaró que en los viajes en los que acompañó a Sesé no recogieron armas, sino que fueron a la frontera porque Manuel tenía un hermano en Francia. Este cambio resulta bastante inverosímil, ya que las armas encontradas en casa de Manuel Sesé, así como el contenido de la carta hallada por los agentes, no dejan lugar a dudas.

En definitiva, Manuel Sesé pasó por casi todos los escenarios posibles de la guerra civil española y del sistema represivo de los vencedores. En primer lugar, participó en la revolución y en la guerra regular, defendiendo las posiciones republicanas del frente de Huesca. Cuando se produjo el hundimiento de la línea en marzo de 1938, se echó al monte, convirtiéndose en un huido, y a consecuencia de ello su familia fue represaliada y castigada. Tras presentarse ante los vencedores sufrió el calvario y las arbitrariedades de los consejos de guerra y de las cárceles franquistas; hambre, terror y tortura fueron el día a día para miles de vencidos. Pudo evadir la muerte a pesar de haber ostentado cargos directivos durante la revolución, y una vez en libertad vigilada volvió con su familia y recuperó cierta normalidad dentro de la vida civil. Sin embargo, sus convicciones políticas le llevaron a asumir todos los peligros que implicaba la colaboración con los órganos de la resistencia armada antifranquista. Ni la experiencia de la guerra, ni el trauma de ver a su mujer encarcelada, ni haber tenido que huir por los montes perseguido por la Benemérita, ni un consejo de guerra, ni cinco años de prisión y torturas evitaron que se sumase a la lucha contra la dictadura a través de un comité de resistencia. Ya solo quedaba el último escalón en la maquinaria represiva del franquismo: la muerte. Al Nuevo Estado y a la Guardia Civil, su agencia preferente para la lucha antiguerrillera, no les temblaron las manos a la hora de

asesinar a individuos como Manuel Sesé, que por sus ideales políticos y por su actitud resistente quedaban fuera del proceso de construcción de la comunidad nacional.

¿Cómo fue posible que un pastor oscense muriera de un disparo a bocajarro efectuado por un guardia civil a principios de 1948? Es más, ¿por qué los miembros de la Benemérita no terminaron siendo investigados por asesinato, sino que los responsables del operativo fueron recompensados con diversas cruces al mérito militar?